

La vida sigue siendo "dulce" a los 100

Elite, 1953-04-11.

Estoy obstinada de vivir... ¡Ya tengo 76 años!

– No es mucho...

– ¿No es mucho, más de medio siglo?...

La voz de la mujer es agria. Se rebela contra algo, contra alguien. Medio siglo debe representar para ella toda una eternidad. Al mencionarlo se le han encendido los ojos y se le ha puesto la boca fea, torcida, en un gesto de desprecio olímpico. Y sin embargo, aparenta una serenidad dulce cuando está callada, la cabeza hundida en la almohada. Este gesto debe ser de resignación. Para ella, luchar debe significar hablar. Por eso se rebela cuando habla, y el tono es tan doloroso, tan agrio.

Adolfina Martí nació en La Habana: en la calle Aguilar, esquina Tejadillo, cerca de la Catedral. Fué bautizada en la Iglesia del Pilar. Son títulos de habanera pura que ella exhibe como si fueran credenciales nobiliarias. Yo particularmente creo que por lo menos valen tanto. Allá, en sus buenos tiempos, era modista. No costurera de remiendos, "de dos al cuarto". Modista de verdad, trabajando para artistas de teatro. Primero en el "Martí" de La Habana. Después aquí en el Teatro Nacional.

Adolfina Martí lleva 26 años en Caracas. De ellos, cuatro en cama, impedida. Le atienden en el Asilo de Ancianas de la ciudad de Caracas, en Dos Caminos, donde hemos llegado de visita Trinita Casado, Garmendia y yo. Es una de las 200 ancianas recogidas en este instituto de asistencia que mantiene el Patronato de Ancianos e Inválidos.

No están todas tan reñidas con la visita como esta simpática cubana que quiere morirse para "dejar que descansen los demás". Hay otras muchas que son felices y gastan los días largos del Asilo como si fueran morocotas que valen mucho: poquito a poco. Precisamente por eso quiero destacar este gesto de rebeldía, porque es signo raro de vitalidad. En este viejo archivo de años, hay 76 que protestan de estar metidos en una cama.

Por curiosidad, se me ocurrió pedir a la Hermana San Tarsicio, la amable directora y administradora del Instituto, que me mostrara la ficha de la enferma. "Fecha de nacimiento", decía el documento: "1874". Resté: 79 años.

– Aún así, como está, se ha quitado tres años.

La buena hermana se echo a reír.

La vejez no es una enfermedad

El espectáculo de ancianos abandonados es triste. Nos conmueve el abandono en sí y la impotencia del que lo sufre. Además, porque todos queremos llegar a eso, a ancianos. Y

nadie quiere llegar a viejo así. Todos soñamos con una ancianidad tranquila, saludable, sin grandes apuros. Después de trabajar tanto para vivir, por lo menos queremos que haya alguien que nos atienda cuando ya no podemos. Después de sacrificarnos por los demás, que haya al menos una lágrima de despedida o una frase tierna de adiós.

Hay muchos problemas comunes a la infancia y la vejez. El hombre se vuelve un poco niño cuando llega a la ancianidad. Pero hay una diferencia fundamental: el niño tiene un futuro, el anciano, no. La vejez es la cima de un camino azaroso. El hombre llega maltrecho, magullado de experiencias, al final de la jornada. Y merece un descanso. Se lo debe la sociedad. No solamente porque ha trabajado para ella, sino porque los jóvenes que la componen llegarán a viejos también, y necesitarán del que viene después. Si no es por deber, por caridad; y aún por egoísmo.

He dicho que el anciano no tiene futuro. Y no es enteramente verdad. No es verdad con todos. La mayoría llega cansado al final con la esperanza de un futuro eterno de felicidad cerca de Dios. Es un gran consuelo. Acaso el único consuelo de verdad. Para los que llegan a un callejón oscuro y ciego a los 70 o a los 80, para éstos, la muerte tiene el sentido siniestro y terrible de una ejecución.

Y ¿qué es la vejez?

El doctor J. Quintero Quintero, Director del Asilo de Ancianos de la Ciudad de Caracas es un hombre afable, bonachón, de cara redonda, que inspira confianza a primera vista. Con sus grandes gafas de carey, el pelo casi en cepillo, parece un estudiante. Y lo es. El doctor Quintero Quintero lleva muchos años dedicado a la ciencia geriátrica, una rama de la medicina casi desconocida en Venezuela. Se trata de la especialidad que se dedica a las enfermedades de los ancianos. Como la pediatría se refiere a las de los niños. Ha asistido a varias asambleas de estudios de la American Geriatrics Society, ha visitado centros de asistencia para ancianos establecidos en muchos países de Europa. Ahora se dispone a concurrir a la X Convención de la importante entidad americana de Geriátrica que se va a celebrar en New York. Y va a presentar el primer trabajo sobre la experiencia venezolana. Muy poca, muy escasa, pero es un ejemplo magnífico de desprendimiento y de generosa contribución humana a la obra de asistencia a la vejez.

– La vejez –me dijo– es la cuarta de las edades clásicas en que se divide la vida del hombre: infancia, juventud, madurez y ancianidad. Pero enmarcarlas cronológicamente es un error. El límite fijado entre los 60 y 65 no deja de ser convencional. Lo que interesa bajo el punto de vista del estudio de los problemas sociales, psicológicos y médicos es la edad biológica. Y la ancianidad biológica puede tener su comienzo a los 80 o más tarde. Todo depende de cómo le ha ido al sujeto en las tres primeras etapas de su vida, y de su constitución orgánica.

El doctor Quintero me explicaba que las edades biológicas vienen marcándose a través de continuos cambios, modificaciones, alteraciones, lesiones, que afectan al cuerpo. De ellos van quedando en la economía algo así como un vago sedimento, a veces casi imperceptible, pero que va acumulándose sucesivamente, y constituye una sustancia nueva, modificadora, creadora a un tiempo de ese conjunto de trazos firmes que se

manifiestan en la constitución orgánica y en la apariencia exterior. Por eso, la buena infancia, la buena juventud y la buena madurez desembocan en una senectud buena también. La vejez es algo así como la suma de todos los padecimientos, los trabajos y las preocupaciones de la vida y la resta de los buenos hábitos, las atenciones. Por eso hay ancianos tan arrugados y tan rotos. Por eso los hay también de una placidez casi divina.

El problema de la asistencia a la vejez

La ciencia trabaja sin descanso para arrancar el secreto a la muerte. Cada vez estudia con más detalles los orígenes y los procesos de las enfermedades. La medicina preventiva ha realizado grandes avances. La terapéutica ha conquistado campos cada vez más amplios. El promedio de duración de la vida humana ha aumentado considerablemente. Sin embargo hay un límite, hay un tope, que probablemente no será superado nunca: el proceso de desarrollo y decadencia está sujeto a leyes esencialmente inmutables y todo llega a un fin.

Gracias a los avances de la ciencia, cada día llega mayor número de personas a la ancianidad. Supone una conquista, pero crea otro problema. El de asistencia para ellos es cada vez mayor. Ese ejército de ancianos vive una vida aparte, tiene otras preocupaciones, tiene otras necesidades. Por su reducida capacidad física, por sus características de debilidad mental, por las enfermedades propias de su edad, por su especial ubicación dentro de la sociedad, por los problemas psicológicos propios de su condición.

Desgraciadamente, el problema social de los ancianos es uno de los más graves, más agudos, dentro de la sociedad moderna. Ellos no se adaptan al avance rápido de la mecánica, a la inquietante inestabilidad de las instituciones, a los cambios bruscos de conceptos que ellos creían inmutables, a la impetuosa revolución social que se está llevando a cabo en nuestros días. Ellos se estabilizaron en un punto que ha quedado muy atrás. Ellos ya no pueden seguir a ese trote. Necesitan descansar un poco, dejar pasar la avalancha y mirar sosegadamente desde la sabia atalaya de su experiencia para decir: "También esos pararán. Yo corrí un día como ellos..."

Pero el problema de los ancianos no es uniforme. Por eso necesita estudio tan minucioso, y la aplicación de soluciones tan variadas.

– Tenemos –me decía el doctor Quintero– el tipo que llamamos "Anciano ideal". Es decir, aquel que ofrece buena posibilidad orgánica, posee medios económicos suficientes, tiene familiares dispuestos a responsabilizarse de su atención, y que, por consiguiente, no constituye problema social alguno. Hay otro tipo, por ejemplo, que posee todas las condiciones favorables señaladas excepto la capacidad económica para mantenerse: su problema puede ser resuelto fácilmente mediante el servicio social de Empleos y Colocaciones. Un tercer tipo de ancianos sería aquel que teniendo buena salud y relativa capacidad de trabajo, no posee medios económicos, ni familiares dispuestos a encargarse de su debida atención. Este caso se resuelve atendiéndolo en la Casa Hogar o Colonia, ofreciéndole un trabajo dentro o fuera del Instituto. Podríamos ir

enumerando otras muchas combinaciones, dándonos un número igual de tipos de anciano que presentan diferentes problemas de asistencia.

Muchos países han establecido instituciones modelo dedicadas a este fin tan noble y de tanta justicia. En Venezuela no tenemos todavía ni Servicios Sociales de Empleos y Colocaciones para ancianos, ni Casa Hogar, ni Colonia. Y en nuestro país hay de 260 a 300 mil ancianos, la mayoría de ellos sin asistencia.

Los 300.000 ancianos venezolanos

– Para prestar asistencia debida a nuestros ancianos, necesitamos crear lo que llamamos los geriátras: una Unidad Geriátrica. Consiste en una serie de instalaciones que respondan a todas las necesidades que plantean los problemas de la asistencia a los ancianos. En Venezuela estamos todavía muy lejos de conseguir una institución completa de este tipo, pero hay que llegar a ella. Primero es necesario un estudio completo de los problemas locales. En términos generales sabemos que las necesidades alcanzan a: las vitales o de conservación de existencia, como alimentos, abrigo, reposo; las sociales: no sentirse relegados, sino formando parte de la sociedad; sentirse útiles; rendir alguna labor útil; familiares: sostener relaciones de afecto y de familia; asistenciales: asistencia médica, conveniente para atender sus frecuentes dolencias; espirituales: religión, diversiones, lecturas, enseñanza. Estas tienen que ser estudiadas en términos de la particular idiosincrasia y psicología de nuestros ancianos. Porque las soluciones son aplicables de acuerdo con las costumbres: los aspectos psicológicos, como sentido de responsabilidad, moralidad; así como grado de cultura y otros muy importantes para aplicar las soluciones correctas.

De cada cien ancianos, 65 son mujeres. Esta es la proporción media. En Venezuela se mantiene poco más o menos la misma, aún cuando no hay un censo completo. En muchos países, los hogares mixtos para ancianos dan magníficos resultados. Los pocos centros asistenciales para ancianos existentes en Venezuela son para grupos separados de hombres y mujeres. No existe, desde luego, posibilidad de reunirlos por afinidades psicológicas, ni separar los enfermos, como exige la ley más elemental de higiene y convivencia. El simple denominador de la edad los reúne en una promiscuidad realmente triste.

En Venezuela se ha hecho muy poco aún. Es realmente notable y abnegada la labor realizada por algunas instituciones religiosas, como la de las Hermanitas de los Pobres y las Damas de San Vicente de Paúl. Hace unos días le prensa hacía referencia al proyecto de las hermanas catequistas de Lourdes de construir un ancianato en los Jardines del Valle. Labor meritísima, hermosa, pero insuficiente. Las proporciones de este terrible problema de los ancianos abandonados requiere una solución oficial de visión amplia. No de servicios de caridad, sino de asistencia social debida al ciudadano que ha rendido una labor y es acreedor de un apoyo estatal.

– El problema es de tal envergadura y la ciencia geriátrica ha avanzado tan despacio, que no es extraño que un país nuevo, como el nuestro, no haya realizado aún la obra que le corresponde en este campo de la asistencia. El doctor Gutiérrez Alfaro, el actual

Ministro de Sanidad y Asistencia Social, está realmente interesado en el proyecto de crear una Unidad Geriátrica. La protección privada a la ancianidad es casi nula en nuestro país. La única entidad oficial que ha rendido una labor fructífera en nuestro medio es el Patronato Nacional de Ancianos o Inválidos, dependiente del Ministerio de Sanidad. Cuenta con la casa central de Caracas y una sucursal en las capitales de Estado. Fué fundada en 1949, y su labor ha sido sin duda notable. Pero es de una insuficiencia alarmante. Actualmente cuenta con 470 pensionados en Caracas, recibiendo cantidades que varían entre 100, 50 y hasta 25 bolívares al mes. Esas cifras no resuelven ningún problema. Además, los ancianos necesitan asistencia más que una pensión en metálico. Esta es una fuente de mendicidad y de desarreglo. Esos 470 ancianos que reciben la magra pensión del Patronato constituye aún una minoría selecta entre los miles de ancianos desatendidos que están muriéndose en los ranchitos y debajo de los puentes. Este es el pavoroso problema de la mayor parte de esos 300.000 ancianos venezolanos que se mueren despacito, sin una mano amiga que les ayude.

El asilo de ancianos de la ciudad de Caracas

En Caracas, el Patronato dirige dos asilos: el "María Páez", en el Valle, cuyos locales pertenecen a la Junta de Mendicidad del Distrito Federal, excepto, una sala que construyó el mismo Patronato, y este Asilo de Ancianas de la Ciudad de Caracas, cedido al Patronato en administración por la Junta de Beneficencia a través de la Gobernación del Distrito Federal.

Esta última consta de cuatro salas con 50 camas cada una. Las 200 ancianas atendidas aquí tienen el límite de los 60 años, excepto algunas inválidas o impedida de menor edad. La Hermana Directora me decía que aproximadamente un 20 por ciento, están enfermas. Algunas con afección tuberculosa. No hay posibilidad material de separarlas. Las camas apenas están separadas un metro, eso es todo. Algunas de las internadas sufren de trastornos mentales. La proporción varía del 10 al 15 por ciento del total recluso en la institución. Algunas, las más perturbadoras, están alojadas en un pequeño cuarto con dos pequeñas ventanas que apenas dejan entrar un poco de luz.

El espectáculo es triste, y uno aprende a admirar la abnegada labor de este hombre de ciencia que está dedicando su vida a dulcificar un poco los años que quedan a estas ancianitas de mirada triste y resignada; la de estas hermanas de la caridad que dedican todos sus desvelos al sacrificio precioso de la ancianidad desvalida, la de estas enfermeras que han buscado el camino difícil de vivir atendiendo a estos seres que han llegado al final del camino a una pequeña posada donde descansar.

* * *

Las viejitas suelen tener conversaciones largas y misteriosas en voz baja. Hay dos sentadas en el borde de una cama, con sus rosarios en la mano, que están de palique desde que entramos, hace por lo menos dos horas. ¡Qué son un par de horas para estas ancianitas que se cuentan una a otra recuerdos de la niñez!

De algo tienen que hablar. Las más de las ancianitas están despiertas para las cinco y media de la mañana. Arreglan sus camas, las adornan de flores y estampitas de santos, como un altar, y abren corriendo las persianas de un día largo, como si tuvieran mucho en qué ocuparse. Después lo irán consumiendo sin prisas, minuto a minuto, sin saber qué hacer.

Hay algunas más saludables que duermen hasta las siete, y se quejan del ruido de conversaciones de las que madrugan tanto. Pero también hay de las que no pegan ojo en la noche. Necesitan tan poco para vivir, que ni un sueñecito les hace falta. Pasan las noches en vela, con los ojos grandes, abiertos, pensando. Dios sabe en cuántas cosas tristes. Tienen que ser tristes y lejanas las cosas que ven esos ojos casi apagados. Quieren cerciorarse de que viven aún, y esperan pacientemente la luz de un día nuevo, temerosos de quedar dormidas para siempre.

Las ancianas del Asilo desayunan a las siete y media. Rezan en la capillita, toman el sol en el patio o están sentadas al borde de su cama hasta las 11. A esa hora almuerzan. Les dan de cenar a las cuatro y media o a las cinco. La mayoría se acuesta para las seis. Y otra vez una noche larga de vela, o de sueño que se rompe al menor ruido. Porque los ancianos que duermen, tienen el sueño ligerito y frágil, como sus vidas.

¿Verdad que nos van a dar cine pronto?

Inés Azpúrua es una anciana arrugadita y pequeña que tiene la agilidad y la viveza de una muchachita. Muy arregladita, muy limpia, quiere saber cuándo volverán a darles otra sesión de cinematógrafo.

– Porque eso nos encanta, ¿sabe usted?... ¡Ay mi hijito, ese cine es cosa bonita!... Ponga cuidado –y levanta el dedo como si fuera a dispararnos un tiro– que sean cosas de amor, que eso sí es bonito!...

Inés no quiere saber nada de morir. A su sola mención se yergue un poco, estira con sus dedos de hueso las arrugas de la cara, y se pone de jarras, con valentía:

– ¿Quién piensa en morir?... ¡No mi hijito, que la vida es muy dulce!... Ponga cuidado, mi hermano, que ahorita estoy toda descuidada, pero cuando era joven era mu bonita. ¡Yo sí era bonita! Yo iba a la Plaza Bolívar mu elegante! Ponga cuidado –y otra vez la amenaza de la pistola– y que me querían regalar una casa; pero yo no quise aceptar. yo era de la sociedad, mi hijo, hasta tenía piano, y tocaba a cuatro manos... Sí, mi hermano, dicen que la vida es fea, pero a mí me gusta. Yo no quiero morir... Ponga cuidado que Mercedes Ponte está enamorada de un señor. La vi esta mañana. Se la pasa de palique...

Tampoco aquí se escapan de la murmuración y de los chismes. Hasta a veces se pelean. Pero las riñas duran poco. Al rato se les olvida todo. Son como los niños.

* * *

Esta de jersey verde, una bata a cuadros atada con un enorme lazo al costado, es también una niña. Está parada al borde del pasillo, mirándonos con una sonrisa larga y dulce,

como las que deben tener las caritas de los recién nacidos en el Limbo. La Hermana Mariana, Jefe de Enfermeras del Instituto, le hace señas de que se acerque. Ella sigue sonriendo, sin hacerle caso. Una de las ancianas que está a su lado le toma de la mano, le estira un poco el jersey con gesto tierno de madre, y le trae hasta nosotros. La Hermana le pone en orden un mechón de pelos y le pregunta:

– ¿Cuántos años llevas aquí?

Ella sigue sonriendo, mirándonos detenidamente. Hay que repetir la pregunta tres, cuatro veces. La ancianita que le acompaña la tira de la manga. Entonces se cruza de brazos, se azara un poco, se frota los codos con las manos, y hace un visible esfuerzo para contestar:

– Antes estaba fuera...

Y se queda sonriente y tranquila como antes.

– No le sacaré de ahí –me decía la Hermana Mariana–, no recuerda nada, no dice nada, no hace nada. Si no la lleváramos todos los días del brazo a comer, pasaría días enteros sin probar bocado. Hay que hacer que se levante, que se vista, que salga al patio, que acuda al comedor. Si se le deja sola, se queda donde está y como está. No tiene la menor noción del tiempo ni le preocupa nada de lo que pasa a su alrededor.

* * *

Eusebia Loayza tiene 90 años y un hijo que nunca viene a verla. No se puede levantar. Tiene sobre las niñas de sus ojos una nube blanca y quietas que no le dejan ver. Sólo asoma entre sábanas muy blancas una cara triste y blanca rodeada de una cabellera blanca también. Mientras la enfermera le arreglaba un poco su almohada sacó una mano larga y huesuda se restregó un poco los ojos y empezó a repetir: "Mi hijo se llama Magdaleno Rolsa; sí, se llama Magdaleno Roisa..."

La ficha de Eusebia Loayza dice cortamente: "Achaques propios de su edad. Padece de fuertes sensaciones de asfixia nocturna".

Y en esas horas interminables de la noche ella seguirá repitiendo el más caro de sus pensamientos: "Mi hijo se llama Magdaleno Roisa"... Y acaso está esperando que un día le venga a visitar.

* * *

La Hermana Directora me decía durante la visita que carecen de una sala de operaciones. Cuando se produce un caso urgente de intervención quirúrgica, piden una cama en el Hospital Vargas. Muchas veces no hay ninguna libre y tienen que esperar. Algunas mueren sin poder recibir los auxilios. En ocasiones no aguantan el trajín del traslado y mueren en el camino. Una de las primeras necesidades del Instituto consiste en una sala de operaciones.

No hay espacio para separar a las enfermas de tuberculosis. Están todas juntas. Tampoco hay lugar apropiado para las que padecen de trastornos mentales. Este hacinamiento es perjudicial y triste.

* * *

Braulia Gómez de Carúpano es otra de las que no puede levantarse. Tiene 95 años. Apenas ve ni oye. "Mi hija era maestra –dice hablando consigo misma. Vino María Antonio y se la llevó..."

Probablemente habrá dejado ya de repetir día tras día la misma frase. En unos pocos días, desde mi visita, han muerto varias. Murieron cuatro en un solo día. Los meses desde noviembre hasta marzo son los peores, por el frío, para estas ancianas. Braulia Gómez era una de las que estaba peor. Por eso es probable que haya muerto. Los locales no están acondicionados para el invierno. Es triste que Venezuela no atienda como es debido a la vida de estas ancianitas que tanto se parece a la de los pájaros sin nido. También a estas ancianas les toca unas gotitas de petróleo, aunque sea unas pocas...

* * *

La más anciana de todas las ancianas es Celestina Ruiz. Tiene 105 años. Creo que hubiera hecho mejor en poner el verbo en pasado. Pero no voy a ser yo, sin estar seguro, el que le despida del Asilo.

– Mi mamá está arriba, en el Cielo, –decía desde el hueco de su camita de hierro. Que le manden buscar a mi mamá. Quiero saber qué... Y quedó silenciosa otra vez, viajando por ese mundo ignorado de las tinieblas. Acaso viendo, allá lejos, a su mamá, con la que irá a reunirse pronto, en cuanto el frío arrecie un poco.

* * *

La anciana más salada y de más garbo del Asilo anda por los 100. Lleva un vestido blanco, amplio como una túnica, pañolón de colores en la cabeza y alpargatas. Es enteramente sorda, pero tiene unos ojitos vivos que observan todo con atención de muchacho. Y fuma en pipa; una pipa de barro de dos piezas que se le apaga siempre. No habla. Se ríe, mira a la gente de arriba abajo y sigue tirando de su pipa apagada. Tomó el cigarrillo que le ofrecí y lo prendió.

Ella tiene una amiga que fabrica muñecas de trapo. A veces juegan a amas de casa las dos. Visten a la muñeca, la desvisten, la ponen a dormir, y se pasan así horas enteras, sin decirse una palabra. El otro día organizaron un bautizo. Una hizo de sacerdote, otra de monaguillo, se nombraron los padrinos y la ceremonia duró casi una hora. Todas adoptaron a "Rosita", la muñeca de trapo y la sacaban a pasear al patio, la ponían a dormir. Al despedirnos se lo ofrecieron a Trinita. También Trinita la cuidará bien. Cuando nos despedíamos nos saludaban con la mano. Era a "Rosita" a quien decían adiós.

* * *

A la puerta del Asilo, en una esquina, Teresita Bello tiene un pequeño puesto de bebidas. ¡Cómo se las ingeniará esta simpática enfermita, que está ahorrando dinero con su pequeña industria de refrescos!... Ella nació en San Diego. "Tengo 37 años, ¡digo yo!..." y se ríe de su travesura. Vivió durante 22 años en la Casa de Beneficencia de Mercedes a Salas. Está en el Asilo desde que se fundó. Las monjas le aprecian mucho y hablan maravillas de la destreza de sus manos en trabajos de confección y bordado. Teresita es parte importante de la casa. Ayuda a las Hermanas, vende refrescos y a veces pone la radio para las demás. A Teresita le gusta vestir bien y arreglarse. Las Hermanas me decían que es un poco coqueta. Ella es muy limpia, muy ordenada. me enseñó ilusionada una cajita de polvos y un lápiz para los labios recién comprados. Antes de que Garmendia le hiciera la foto, pidió tiempo para arreglarse, y se sonrió. "Hoy estoy fea", repetía.. "Esa foto saldrá horrible". pero si en la foto no se ve bien, es por culpa de Garmendia, porque Teresa esta muy bonita ese día.

* * *

El Patronato tiene el proyecto de una Colonia para Ancianos, una ciudadela o un pueblo para los ancianos del D.F. Con este propósito adquirieron un terreno cerca del mar, en Mamo, Departamento Vargas. Ojalá se construya pronto y se alivie un poco la vida de los últimos años de estos ancianitos que no quieren morir todavía.

Los doctores J. Quintero Quintero, Jaime Ruiz y el Br. Alfonso Jacir, próximo a graduarse, tienen, por su parte, el proyecto de crear un hogar especial de ancianos de carácter privado. Habría cupo para 15 o 20 ancianos, para empezar. Tendría las características del "Little Home" inglés, que está dando tan buenos resultados en la Isla. Esto constituiría también un magnífico punto de partida para las experiencias que necesita Venezuela antes de planificar un servicio oficial de la amplitud que requiere el país.

– Lo que interesa –me decía el doctor Quintero Quintero– es resolver problemas; salir un poco del umbral de los proyectos y empezar a resolver éste que constituye uno de los problemas venezolanos de solución más apremiante.

Y que los ancianos descansen de sus trabajos y vivan más. "La vida es dulce, mi hermano"...